

Señor obispo de la Diócesis de Albacete,  
Querido don Ciriaco,  
Señor alcalde  
Concejales  
Autoridades  
Presidentes de las Cofradías de la Semana Santa de Albacete,  
Albaceteños y albaceteñas que amáis la Semana Santa  
Queridos cofrades:

Ser pregonero de la Semana Santa de Albacete es un regalo y un honor que de ninguna manera merezco. Pero yo no estaría aquí y en este instante si me sintiera ajeno a lo que en estos días celebramos.

Yo nací aquí. Aquí he vivido siempre. Aquí están enterrados mis seres queridos. Por eso, no les extraña la emoción que en estos momentos siento por todos los recuerdos que llevo dentro y que hacen muy difícil poder decir unas palabras sin temblar al mismo tiempo.

Me acerco a todos ustedes con enorme humildad y respeto.

No soy ni un intelectual ni un teólogo. Sólo soy un hijo de Albacete; un empresario que ama su tierra y que ha tenido el inmenso honor de pregonar la Semana Santa de su ciudad, con el único mérito de amarla como el que más. Por eso hago mío aquel dicho “no conociendo los oficios, los haremos con respeto”.

Las vivencias que se aprenden de pequeño nunca se olvidan. Y yo aprendí de mi madre, a la que perdí muy joven, a amar y a vivir la Semana Santa de Albacete.

No me siento mejor que ninguno de ustedes para hacer este encargo de pregonero. Seguro que todos tienen más mérito que yo para este oficio. Por eso, como dije al principio, me acerco con respeto a lo que estas fiestas significan y con la humildad de quien sabe que no es doctor en materia religiosa y de ninguna manera pretende dar lecciones y mucho menos ofender con su ignorancia.

Me acerco con los brazos y el corazón abiertos y creo que el que así se acerca no puede ser rechazado.

Más la humildad no está reñida con el saber que el centro de estas fiestas que nos preparamos a celebrar está en aquel Hombre, Dios, que marcó la Historia del planeta; que nos enseñó a contar el tiempo antes u después de Él que nos enseñó a llamar Padre a ese Dios con el único fin de que nos diéramos cuenta de que todos los demás éramos hermanos que fue el primer inocente que “sin haber hecho nada malo” fue condenado a morir por el propio juez que públicamente reconoció su inocencia.

Somos muchos los que llevamos la Semana Santa de Albacete escrita por dentro en nuestras vidas. Como niños, como adolescentes o como adultos tenemos recuerdos de estas celebraciones.

Para recordar la Semana Santa hay que viajar necesariamente a nuestra infancia. Aquellos eran otros tiempos para Albacete y para España. Eran tiempos de escasez y de silencio.

En los años cincuenta, a los que me refiero, no faltaban motivos para la tristeza. En el ambiente aún dominaba más la muerte que la vida.

Sobrevivir era una hazaña para la mayoría. El pan no se tiraba. Al contrario, si se caía al suelo nuestros propios padres nos decían “el pan no se tira porque es de Dios”, y se recogía con un beso. Era muy corriente ver a personas pidiendo por las calles para poder comer.

Todo el mundo entendía la muerte y el dolor, la de sus semejantes y la de Cristo, porque el dolor formaba parte del paisaje.

“Hoy no se canta porque se ha muerto el Señor”. Con el dedo se nos invitaba al silencio. El luto y el negro eran corrientes en las vidas de nuestros padres y de nuestros abuelos. Se cerraban los bares, no se ponía música ni había bailes. Había ausencia de diversión y mucha tristeza. La muerte de Cristo y su padecer se unía a la muerte y al padecer de mucha gente.

Recuerdo aquellos días del Jueves y del Viernes Santo. Las campanas no se tocaban. Las telas moradas cubrían las imágenes de los santos y los chiquillos íbamos por las calles con las carracas llamando a las gentes a los oficios.

Nunca alcancé con aquellas celebraciones en latín a entender que el Jueves Santo era también el día del amor fraterno, pero sí que me llamaba la atención el acto de humildad del lavatorio de los pies que hacía el cura de mi parroquia arrodillado, con la toalla en la cintura ¡el cura lavando los pies a los pobres!

Ahora comprendo que aquellos gestos del Jueves y Viernes Santo del lavatorio de los pies y de la Pasión de Cristo eran para enseñarnos que era malo juzgar, condenar y crucificar a los demás. Y esta es una enseñanza que ojala hoy comprendamos: ¡No se debe condenar a nadie!

Por desgracia, es muy corriente entre4 nosotros condenar al que no piensa como nosotros, al que no reza como nosotros, al que no es de los nuestros, al que no tiene nuestro mismo color de piel, al que viene de fuera, al que no tiene nuestra fe ni nuestro Dios, al que es diferente por cualquier cosa.

Pregonar la Semana Santa no es rendir culto a pasado ni quedarse en el escueto placer de la memoria.

Celebrar es revivir, volver a vivir de nuevo. Celebrar es echar al aire los mismos sentimientos y emociones que tenemos cuando se disfruta de la vida.

La Semana Santa es un misterio de muerte y de vida, que no se puede entender sin el amor.

Nuestro Dios se define como amor. Y el amor es la vida para los que creen en Él. El arte de vivir es una asignatura que no se estudia en ninguna parte. Amar es ser optimista, es tener esperanza, es abrir las puertas de nuestra casa a los demás. Vivir es saber que encerrarse en uno mismo es la muerte y que entregarse a los demás es la vida.

La entrega es vida y el verdadero muerto es el que se acostumbra a la desgracia ajena sin sentir dolor alguno. Decía Luther King “hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces, pero no hemos aprendido el arte de vivir juntos como hermanos”.

Lo peor que nos puede pasar es que perdamos la capacidad de indignarnos ante el dolor y el sufrimiento ajeno. Sin indignación somos como muertos.

El verdadero muerto es el que se acostumbra al dolor de los demás sin sentir dolor alguno. Es aquel que no llega a sentir en su alma como una verdadera tragedia el dolor de los que se montan en una patera, el dolor de los niños que todos los días mueren de hambre, las tragedias de las guerras.

El gran problema de nuestro tiempo es que podamos llegar a acostumbrarnos a vivir sin alma.

No es posible que todos los hombres recemos juntos. Pero es necesario que vivamos juntos y que sepamos compartir lo que tenemos. Es preciso reconocer al otro, reconocer su existencia, sus valores y su dignidad.

Al pregonar esta Semana Santa yo quiero afirmar, con ustedes, la radical igualdad de todos los seres humanos, a pesar de que nuestras razas, nuestras creencias o nuestras ideologías sean diferentes. Nadie tiene más derecho que otro a la dignidad y a la vida.

En este pregón quiero invocar la belleza y el clamor de los sentidos en la Semana Santa de Albacete. Para el olor, las flores y los cirios. Para el oído, los tambores, las saetas y el silencio, sin olvidar los sutiles sonidos de las túnicas: la sarga, el algodón, el paño, el terciopelo. Y para la vista, todos los colores de las túnicas de anderos y anderas y nazarenos de las cofradías.

- La túnica blanca y la capa granate de la Hermandad de San Juan Bautista,
- el azul y el blanco, el rojo y el amarillo de Nuestra Señora del Mayor Dolor
- el morado y el blanco del Silencio y Santo Vía crucis.
- el azul de la Cofradía de la Dolorosa.

- el blanco y verde de Santa María Magdalena y de la Macarena
- el blanco, negro y morado del Padre Jesús Nazareno
- el morado y rojo granate de Nuestra Señora de las Angustias
- el traje de paisano con escapulario del Padre Jesús Nazareno
- el blanco, morado y negro de la Oración del Huerto
- y el negro y blanco de La Soledad.

Quiero terminar felicitando y dando las gracias a todos aquellos que con su esfuerzo hacen cada vez más grande la Semana Santa de Albacete: a los presidentes de las cofradías, a los nazarenos que llevan en sus hombros las imágenes, a los niños, a los jóvenes, a los hombres y mujeres que con sus túnicas embellecen las procesiones de nuestra Semana Santa y a las madres que con tanto cariño preparan las túnicas para sus hijos.

Y concluyo con un pequeño cuento que en este mismo lugar oí en un pregón al que fue presidente de Castilla-La Mancha: “Un día, llegó al Paraíso un hombre que pidió a Dios que reconcediera contemplar toda su vida, tanto los momentos buenos como los difíciles. Y Dios se lo concedió. El hombre pudo ver el transcurrir de su vida como un largo paseo por la playa. Y observó en la arena las huellas de cuatro pies, los suyos y los de Dios. Pero en los momentos difíciles sólo aparecían las huellas de dos. Sorprendido y apenado le dijo: Veo que precisamente en los momentos difíciles me dejaste sólo. De ninguna manera le respondió Dios. En los momentos difíciles se ven solamente las huellas de mis pies, porque Yo a ti, en esos momentos te llevaba en brazos”.

Este es mi deseo para todos nosotros, para esta Semana Santa y para nuestra vida, que Dios nos lleve en sus brazos, sobre todo en los momentos difíciles.

21 febrero 2008